



Eucaristía en la parroquia del Buen Pastor de Benidorm, en la bendición de una Nueva Capilla de Adoración Perpetua

29 de octubre de 2020

Nos hemos reunido, llenos de alegría, para como prolongación de esta Eucaristía proceder a bendecir y ofrecer a Dios una nueva capilla de Adoración Perpetua; lugar dedicado a la adoración eucarística y a la oración, en el corazón de esta ciudad cosmopolita de Benidorm. Las circunstancias de la pandemia han impulsado a tener este nuevo lugar como más adecuado por su amplitud, y nos mueven una vez llegado el día de su inauguración a dar gracias a todos: a los que hicieron posible la capilla anterior, y a los que habéis hecho posible esta Nueva Capilla, expresión de vuestro amor a la Iglesia y a la Eucaristía.

Pero antes de proceder a adorar al Señor, tras acoger en la celebración eucarística su cuerpo como alimento, procedamos a acoger su palabra, que hemos escuchado hace unos momentos.

S. Juan, en el Evangelio que acabamos de proclamar (Jn 6, 51-58), nos muestra el pensamiento del Señor: Jesús había multiplicado el pan para hablar poco después, de otro pan. Es el discurso de Cafarnaúm del que acabamos de escuchar un fragmento: “Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo: el que come de este pan vivirá para siempre. Y el pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo”. El pan es, por tanto, Cristo. Todo Cristo, entero, su palabra y su carne, su Espíritu y su cuerpo. Ello se realiza del modo más pleno en el Sacramento eucarístico, cuando el pan que hemos ofrecido como fruto y expresión de nuestro trabajo, es decir como signo de nuestro ofrecimiento personal a Dios, es consagrado y devuelto a nosotros como signo del don de Cristo a su Iglesia. Todo aquello que se muestra en el signo es realidad; porque la realidad misma del pan es transformada en el cuerpo de Cristo.

¿De qué es signo el pan eucarístico? En primer lugar, el pan es alimento, nutre y da vida. Así se expresa Jesús del significado eucarístico de este pan: “Mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él”...”el que me come vivirá por mí...el que come de este pan vivirá para siempre”. La Eucaristía es el alimento, la comida de los que estamos en camino, es decir, de aquellos que, como los hebreos, atravesamos el desierto grande y pavoroso de esta vida.

Que importante recordar esto en estas circunstancias dramáticas de la pandemia, en las que experimentamos tantas incertidumbres en la Humanidad, llena de pavor por el mal que avanza imparable en forma de enfermedad mundial descontrolada, y en buena manera desconocida todavía. La Eucaristía es Jesús en medio de nosotros, como en la barca de aquella tempestad en la que pregunta a los discípulos: “¿Por qué tenéis miedo?” “¿Aún no tenéis fe?” (Mc 4,40) La Eucaristía es Jesús vida para nosotros, hecho alimento que nos sostiene para llegar a la meta; como lo fue en el camino de Todos los Santos que celebraremos en los próximos días.

Pero hay otro significado no menos importante. Por el modo como viene a ser comida y por su misma esencia, el pan eucarístico es signo de comunión. S. Pablo nos lo ha recordado en la primera lectura (1 Cor 10, 16-17): “El que pan que partimos, ¿no nos une a todos en el cuerpo de Cristo? El pan es uno, y así nosotros, aunque somos muchos, formamos un solo cuerpo, porque comemos el mismo pan”. En otras palabras: entramos en comunión con Él y entre nosotros. En la Eucaristía, por Él y en Él somos un solo cuerpo. Este segundo signo era, como, más elocuente en otros tiempos, cuando, en medio de la familia reunida y sentada a la mesa, el padre partía el único pan y lo daba a todos. Era, como, más visible que un solo pan venía a ser carne y sangre, parte integrante de la vida de cada uno de los presentes: un vínculo profundo de unidad en todos los presentes. El pan eucarístico es, pues, signo de alimento y de comunión.

De todo ello debemos extraer consecuencias para nuestras comunidades y nuestras personas, especialmente en este Curso pastoral en el que las Orientaciones diocesanas nos estimulan a redescubrir la Eucaristía, y a revitalizarla en lo que es y debe significar en nuestras vidas. En tiempos de pandemia, revaloricemos la necesidad que tenemos del pan eucarístico. Recordemos las palabras de S. Pablo en la carta a los Corintios (Cfr. 1Cor 11, 29-30), recapacitando que muchos en la comunidad cristiana somos débiles y enfermos, o porque no nos nutrimos o nos nutrimos mal del Cuerpo de Cristo. Preguntémonos si participar de la Eucaristía, y, también, adorar la Eucaristía nos alimenta vitalmente, uniéndonos más a Cristo y comprometiéndonos más con los miembros de su cuerpo más necesitados. En tiempos de gran necesidad, como los nuestros: más unión eucarística con Cristo, para estar vivos, sanos, fuertes y, así, poder servir. Y más unión eucarística con Cristo, para que su mente y sus sentimientos nos iluminen y transformen.

Demos gracias en esta celebración; con gran alegría, nos vamos a nutrir de Él. Vivamos el misterio de amor, de comunión que es la Eucaristía. Y prolongaremos la acción de gracias por tan gran don en la Adoración eucarística. Y supliquemos que la nueva capilla de la Adoración Perpetua sea espacio privilegiado de encuentro con el Señor, de unión con Él, y de incesante súplica por las necesidades de todos nuestros hermanos, incluidos nosotros, en tiempos oscuros de pandemia en los que Él es nuestra única y definitiva esperanza. Así sea.

✠ Jesús Murgui Soriano
Obispo de Orihuela-Alicante